



por Luis Luque

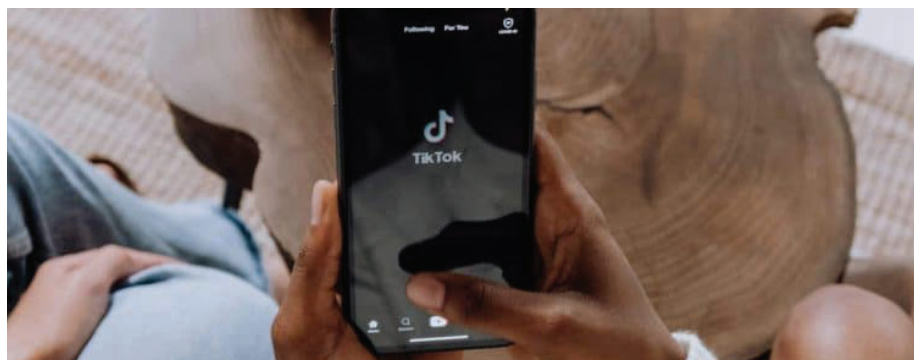
TUS DATOS: NO SOLO TIKTOK, NI SOLO EN PEKÍN

Varios gobiernos occidentales apuntan el índice hacia la plataforma de videos cortos, por la sospecha de que esté acopiando datos a mansalva..., como hacen otras.

¿Ganas de pasar un rato divertido? Ahí está TikTok: bailes, caídas “fortuitas”, sorpresas... Menos divertido es saber que el solo hecho de tener instalada la aplicación en el móvil implica que nuestros datos pueden haber hecho ya el viaje hacia los servidores informáticos del gobierno chino. Según fuentes de contrainteligencia de EE.UU., se calcula que hay copia de todos los datos personales del 80% de los adultos norteamericanos en los cibercuarteles de Pekín, y que al restante 20% le han copiado la mayor parte de su información.

“Son cinco los elementos que registra” TikTok, dice a Aceprensa la investigadora británica Georgia Osborn, de la compañía de ciberseguridad Oxford Information Labs (OXIL). “Puede recopilar datos de todas las aplicaciones en ejecución en un dispositivo. Además, el navegador integrado en la aplicación, al que uno se conecta cuando hace clic en un enlace, puede realizar un seguimiento de todas las acciones en el navegador”.

“Por otra parte –añade–, comprueba la ubicación del dispositivo regu-



larmente cada hora, tiene acceso al calendario, y le pide continuamente al usuario que se conecte a sus contactos. La información que recopila incluye detalles de la Wi-Fi, el IMEI del dispositivo (el código numérico único de cada móvil, útil para bloquearlo en caso de robo), la dirección MAC (el identificador de la tarjeta de red), la ubicación por GPS, información sobre suscripción activa (para saber a qué servicios de pago está abonado) y acceso al portapapeles”.

Información del usuario, a la orden

Por supuesto, TikTok no es “pionera” en lo de coleccionar datos: por norma, toda aplicación lo hace, en buena medida para establecer el origen geográfico del internauta, los sitios webs que visita y las aplicaciones que tiene instaladas en su dispositivo, para así elaborar un perfil aproximado de su persona y dirigirle publicidad que pueda serle de interés.

¿A cuántos de esos datos pueden acceder las agencias gubernamentales? “A la mayor parte –asegura Jack

Entre enero y junio de 2022, Google respondió afirmativamente a más del 80% de las peticiones de información de varios gobiernos sobre usuarios de la plataforma

Nicas, experto en tecnologías en el *New York Times*–, si bien depende del tipo de solicitud que hagan las autoridades”. Según el experto, en el primer semestre de 2020 Apple rechazó solo el 4% de las solicitudes de información emitidas por el gobierno de EE.UU., y Microsoft, el 15%.

En cuanto a Google, los datos semestrales que publica la empresa sobre el tema revelan que, en el primer semestre de 2022, había respondido afirmativamente al 84% de las peticiones de información del gobierno estadounidense sobre usuarios concretos; al 90% de las emitidas por el británico, al 82% de las españolas, y así.

¿Qué tipo de información? No se especifica. En todo caso, si fuera sobre toda la que colecciona, hay que decir que no siempre la compañía se ha ceñido a lo estrictamente legal a efectos de monetizar el servicio. En 2019, la empresa y su subsidiaria, YouTube, debieron llegar a un arreglo por 170 millones de dólares con la Comisión Federal de Comercio de EE.UU. y con el fiscal general de Nueva York, por haber recogido información personal de menores de edad sin el consentimiento de sus padres. También se vio forzada, en 2022, a un acuerdo por 391 millones de dólares con los fiscales generales de 40 estados norteamericanos, por haber hecho creer a los usuarios de la aplicación que sus datos de geolocalización estaban desactivados, cuando no era cierto y seguía rastreándolos.



por Juan Meseguer

¿ADIÓS A LOS CUERPOS? OTRO EFECTO INESPERADO DEL TSUNAMI DIGITAL

Con el auge de lo virtual, parece buen momento para plantearse qué consecuencias tiene la desencarnación de las relaciones sociales.

Resulta paradójico que en una época en la que hablamos tanto de identidad y de reconocimiento –quiénes somos y cómo queremos que nos consideren los demás–, nos miremos tan poco a los ojos. Los adultos recomendamos a los jóvenes que sigan el consejo “sé tú mismo” y les animamos a que sean auténticos. Pero a veces olvidamos el papel que nuestras miradas tienen en la conformación de esa identidad.

Como explica el filósofo Byung-Chul Han en su libro *No-cosas*, la mirada de las madres (y de los padres, habría que añadir) “construye la confianza original” de los hijos; les brinda “apoyo, autoafirmación y comunidad”. En cambio, la ausencia de esa mirada deja una herida profunda, una falta de afecto que cala en el alma.

Algo análogo ocurre en el mundo laboral. Hoy el foco está en la digitalización de las empresas, pero falta por desarrollar el “trabajo conectivo”, como llama la socióloga Allison Pugh al esfuerzo por hacer que los demás se sientan mirados. Este trabajo humano de conexión –dice– es una forma de reconocer la dignidad del otro, de demostrarle su valor, que es lo opuesto a hacer que se sienta invisible.

Estresados

Para Han, el déficit de miradas es



“responsable de la pérdida de empatía” en la sociedad actual, un problema que vincula a la propia naturaleza de la comunicación digital: “La *desaparición del otro* es precisamente la razón ontológica por la que el *smartphone* hace que nos sintamos solos”, una sensación que tratamos de paliar aumentando el flujo de mensajes y de conexiones. “Pero esta hipercomunicación no es satisfactoria. Solo hace más honda la soledad, porque falta la *presencia del otro*”.

De todos modos, no toda distracción es imputable a los móviles. La era digital ha encontrado un aliado en el imperativo de la productividad a cualquier precio, que va tensando la vida social de diferentes maneras. Al final, es muy posible que el mismo estrés que nos está llevando a comunicarnos sin parar, nos esté haciendo sordos y distraídos. Lo expresaba una de las trabajadoras entrevistadas para un reportaje en *El País*: “Cuando estoy con alguien, estoy más pendiente de pensar en mis cosas que de estar con esa persona. Quiero que pase rápido el tiempo para poder hacer todo lo que tengo pendiente”.

Gente “en pausa”

Que la conexión constante al *smartphone* está deteriorando nuestra capacidad de empatía es algo sobre lo que lleva tiempo advirtiendo Sherry Turkle, psicóloga clínica y socióloga del Instituto Tecnológico de Massachusetts, en ensayos como *Alone Together* y *Reclaiming Conversation*.

Una de sus intuiciones más agudas es que hoy hemos aceptado “un nuevo código de costumbres sociales” que otorga a las interrupciones ocasionadas por el móvil un trato de favor: “Yo crecí entre libros. Pero cuando hablaba con mis mejores amigas no tenía permiso para abrir un libro y ponerme a leer en medio de una conversación”.

La manía de poner a la gente “en

pausa” o de sacar el móvil donde nos apetece –dice Turkle– son manifestaciones, más o menos conscientes, de falta de empatía. “Escribimos en los funerales. Escribimos durante los actos de culto del tipo que sean. Cuando pregunto a alguien por qué lo hace, responde diciendo que solo escribe en momentos aburridos. (...) Hemos perdido de vista que el objetivo de los funerales es precisamente estar junto a otras personas”.

Afortunadamente, también hay contraejemplos y encontramos reacciones llenas de empatía ante la *evaporación* de los cuerpos. Así ocurrió con el amplio apoyo que suscitó la petición en Change.org de un jubilado español de 78 años que reclamó a los bancos más atención presencial, frente a la tendencia a cerrar sucursales y multiplicar los trámites *online*.

Crisis del tacto

La digitalización de cada vez más ámbitos de la vida no solo se está llevando por delante miradas, sino también palabras y gestos. No es posible saber si hoy decimos buenos días o acariciamos más o menos que antes de la era digital, pero está claro que nuestras pantallas ya son objeto de muchas de nuestras acciones: tocar, arrastrar, deslizar, ampliar...

La escritora JoAnna Novak habla en el *New York Times* de una “crisis del tacto”, que se vio acentuada por la pandemia del coronavirus, pero que es más profunda. Entre otras cosas, porque es hacia donde quieren llevarnos las grandes empresas tecnológicas que están detrás del metaverso: “A pesar de su retórica sobre unir a las personas, Meta fomenta una desconexión humana fundamental: elimina nuestros cuerpos de la ecuación”.

Otro ámbito en el que se notan los efectos de la desencarnación digital es la vida familiar. En su libro *¿Qué es una*

familia?, el filósofo Fabrice Hadjadj llega a mostrarse más preocupado por la falta de proximidad en los hogares que por las ideologías antifamiliares: “Lo que deshace el tejido familiar en nuestros días, (...) no es tanto un *militantismo ideológico* como un *estado de hecho tecnológico*”. Y añade: “No sufrimos un déficit de ideas, sino de presencia”.

Lo ilustra con una imagen: la de la sustitución de la mesa familiar por los móviles y las tabletas (un juego de palabras en francés). Si la mesa desencadena una fuerza centrípeta que reúne y orienta hacia un punto común los afectos, las preocupaciones, los temas de conversación –dice glosando al filósofo Günther Anders–, las pantallas empujan de manera centrífuga a cada miembro de la familia hacia un punto de fuga privado.

Y si la familia brota de la carne, del contacto cuerpo a cuerpo, el ensimismamiento digital erosiona esa cercanía. “Aunque sus miembros sigan alojándose bajo un mismo techo, si las tabletas han ocupado el lugar de la mesa, cada uno de ellos vive por su cuenta. La jornada de su prójimo le resulta menos familiar que los desengaños de tal o cual artista. El divorcio acaba siendo el estado habitual, ordinario y subyacente de la vida familiar”.

También la artista plástica Jenny Odell tiene claro que los dispositivos digitales no son medios inocuos. “A medida que el cuerpo desaparece, también lo hace nuestra capacidad para empatizar”, escribe en *Cómo no hacer nada*. “(...) Veo el teléfono móvil y me pregunto si no se trata de una especie de cámara de privación sensorial”.

Y al revés: tiene la experiencia de que, cuando lo ha aparcado y se ha entregado a “prácticas de atención deliberada” en medio de la naturaleza y de sus próximos, ha descubierto delante de sus ojos la “realidad aumentada” con la que soñaba.

Ver artículo completo en www.aceprensa.com

Celebramos haber entrado en la era de la identidad y el reconocimiento, pero nos paramos poco a mirar y a escuchar a los próximos

LIBROS



LA FÁBRICA DE LOS NIÑOS TRANSGÉNERO

Caroline Eliacheff, Céline Masson



por Ana Sánchez de la Nieta

Céline Masson y Caroline Eliacheff son psicoanalistas, y tienen una larga experiencia profesional y divulgativa en cuestiones de psicología e infancia, desde una perspectiva progresista y feminista. Por eso es especialmente valiosa la contundente crítica que realizan a lo que llaman “moda trans”, a la que acusan, precisamente, y entre otras cosas, de “pseudo-progresista”.

Las dos autoras demuestran de forma argumentada cómo el crecimiento exponencial de los casos de disforia de género en adolescentes no tiene que ver, como algunos sostienen, con una salida del armario generalizada que antes se escondía. Masson y Eliacheff muestran cómo la vulnerabilidad de los adolescentes –especialmente las chicas– ante los cambios que experimentan sus cuerpos, unida a una presión de la ideología trans y a una exposición masiva a las redes sociales, sobre todo durante los largos meses de confinamiento, han configurado una tormenta perfecta que ha impactado en miles de jóvenes que, al parecer, descubren de la noche a la mañana que han nacido en un cuerpo equivocado.

El ensayo se centra en la realidad francesa y su legislación trans, muy similar a la que acaba de aprobarse en España.

Deusto.
Barcelona (2023).
112 págs
13,95 € (papel) / 7,99 € (digital).

CINE PARA VER EN CASA



LA MATERNAL

Directora y guionista: Pilar Palomero.

Intérpretes: Ángela Cervantes, Carla Quílez, Gal-la Sabaté, Jordan Dumes, Neus Pàmies, Olga Hueso, Pepe Lorente, Rubén Martínez.

122 min.

Adultos (D).

Movistar+, Rakuten TV, YouTube.

Tras visitar un centro que acoge a madres adolescentes, la cineasta Pilar Palomero decidió que quería contar las historias que encontró allí. La base del guion son experiencias y vivencias de las chicas que aparecen como actrices secundarias acompañando a la protagonista: Carla, una adolescente de 14 años rebelde y descajada. Palomero cuenta la historia de unas supervivientes que tienen miedo, mucho miedo, pero que superan los obstáculos y son capaces de sacar adelante a sus hijos, con la ayuda imprescindible de sus familias y de los profesionales del centro de acogida.

EL PEQUEÑO NICOLÁS

Directores: Amandine Fredon, Benjamin Massoubre.

Guionistas: Anne Goscinny, Michel Fessler.

Animación.

82 min.

Jóvenes.

Filmin, Amazon Prime Vídeo.

El pequeño Nicolás, que se estrenó en el Festival de Cannes y obtuvo el primer premio en el Festival de animación de Annecy, narra la génesis del famoso personaje, y añade algunas historias, pero también la biografía –en particular la infancia– de sus creadores: el dibujante Jean-Jacques Sempé y el escritor René Goscinny. La factura del dibujo adecua la estética de la película a las tiras originales, y el director artístico Fursy Teyssier creó un efecto para que pareciera que los personajes están pintados sobre papel, así como para hacerlos desaparecer en el borde de la imagen.

Ver críticas completas en www.aceprensa.com



por **Fernando Rodríguez-Borlado**

RELACIONES SÓLIDAS Y RELIGIOSIDAD, CAMINOS PARA ALCANZAR LA VIDA LOGRADA

Dos estudios resaltan distintos factores que favorecen la felicidad, entre ellos, la perspectiva de fe.

El mayor estudio longitudinal sobre la felicidad realizado hasta la fecha es el *Harvard Study of Adult Development*: se ha seguido durante más de 80 años a cientos de personas —el número ha ido aumentando, hasta las 2.000— a través de entrevistas, cuestionarios, llamadas telefónicas o pruebas médicas. Esto ha permitido a los investigadores conocer cómo les ha ido a los protagonistas, todos estadounidenses, en distintos ámbitos: la pareja, los hijos, el trabajo, los amigos, la salud, etc., y qué consecuencias para su felicidad han tenido las decisiones que han ido tomando.

Los actuales directores del proyecto, Robert Waldinger y Marc Schulz, recientemente han recogido en un libro, traducido ahora al español (*Una buena vida*), qué lecciones se pueden extraer al cabo del tiempo de este minucioso ejercicio de observación. La principal es esta: la clave para alcanzar una vida feliz es contar con una red de *verdaderas* relaciones personales.

Aunque esta conclusión pueda parecer evidente, la fuerza del libro radica precisamente en demostrar, mediante la experiencia, la verdad de dos afirmaciones de sentido común:



en primer lugar, que ni el éxito profesional, ni el dinero, ni tampoco la comodidad de las circunstancias personales son, *per se*, buenos predictores de si alguien alcanzará una vida lograda; en segundo lugar, que la felicidad permanece cuando se ha construido con materiales sólidos.

Satisface comprobar que, en las vidas de los protagonistas, a pesar de que a veces fueron golpeados por fuertes dificultades —o quizás precisamente gracias a ellas—, el esfuerzo por cultivar relaciones personales sólidas con paciencia, esmero y generosidad dio sus frutos en forma de felicidad duradera. En este sentido, los autores afirman que este tipo de relaciones funcionaron para estas personas como “reguladoras del infortunio”: ante los embates de la vida, quienes contaban con ellas salieron adelante, y muchas veces vieron su felicidad reforzada.

De entre todas las relaciones, los autores dedican especial atención a las familiares. Una gran mayoría de los entrevistados, sobre todo cuando ya eran ancianos y podían mirar sus vidas “desde la cima”, señalaban que su matrimonio y sus hijos habían sido, para bien o para mal, lo que había determinado su felicidad. Llama la atención, en concreto, la cantidad de crisis matrimoniales superadas gracias al esfuerzo —comprensión, paciencia— de una de las partes.

Más religión, mejor salud psicológica

Aunque el libro se centra en lo interpersonal, en varios momentos se deja ver que las vidas con más y mejores relaciones suelen estar animadas por un impulso moral, que puede o no incluir un elemento sobrenatural. Los

autores de *Una buena vida* apenas hacen mención a las creencias religiosas de las personas estudiadas, pero otras investigaciones sí han demostrado una relación entre la religiosidad y la felicidad.

Uno de los mayores expertos en este campo es Tyler VanderWeele, catedrático de Harvard. Algunas de sus trabajos perfilan claramente cuál es la relación entre vida religiosa y salud. En uno publicado hace dos años en la revista *International Journal of Epidemiology*, analizaba la relación estadística entre la asistencia a servicios religiosos y diferentes aspectos de la salud: problemas físicos (diabetes, hipertensión, accidentes cardiovasculares u obesidad, entre otros), psicológicos (depresión, ansiedad), conductas de riesgo (alcoholismo, tabaquismo, falta de sueño) o bienestar psicológico (satisfacción vital, integración social, sentido en la vida).

VanderWeele y sus compañeros siguieron durante varios años la religiosidad y la salud de tres grupos diferentes: uno de jóvenes, otro de adultos y otro de ancianos. El estudio encontró una relación positiva entre vida religiosa y salud física: menos mortalidad, por ejemplo, entre los que acudían con regularidad a la iglesia que entre los que no. No obstante, los efectos más significativos se daban en el campo de los comportamientos de riesgo —por ejemplo, mucha menos frecuencia en el abuso del alcohol entre las personas practicantes— y la salud mental —menos posibilidad de sufrir cuadros depresivos o de sentirse solos; más satisfacción vital, afectividad positiva e integración social—.

Ver artículo completo en www.aceprensa.com